

**Primer Encuentro sobre Seguridad Alimentaria en América del Sur  
Universidad Presbiteriana Mackenzie  
Sao Paulo, 16 de abril de 2016  
Ponencia de Nilson Guerra Zambrano (Venezuela)**

Mis primeras palabras son para agradecer la cordial invitación que me ha hecho la centenaria Universidad Presbiteriana Mackenzie para intervenir en este evento, gratitud que extiendo al Embajador brasileño de Buena Voluntad Don Antonio Cabrera Mano Filho, cuya honorabilidad no se aparta de la necesaria solidaridad humana con el entorno geográfico de la República Federativa de Brasil.

Venimos a tratar un tema siempre vigente, hoy con ribetes de alarma humanitaria por las situaciones específicas y concretas de Venezuela, que se conocen en todo el mundo, por la amplia difusión de los medios de comunicación y por la cuantiosa diáspora que hoy está presente en más de cincuenta países.

Pero igualmente en esta jornada, inspirada por la fraternidad y solidaridad, hacemos causa común con las inquietudes y alertas para América del Sur que se derivan de los hechos que conoceremos y precisaremos. Todo por la afinidad de ideas políticas, los descuidos sociales, el deterioro institucional, la disminución de la imagen de la actividad política, la crisis del liderazgo tradicional, el pésimo desempeño pro democracia de los medios de comunicación social y el avance de los poderes irregulares en numerosos países de nuestro vecindario continental.

Venezuela es un ejemplo de lo que no se puede consentir y permitir en una sociedad libre y democrática: el quiebre institucional en los hechos y en la emocionalidad de la población. Esto impide el éxito de una sociedad que busca mejores destinos, de fraternidad y felicidad compartida por todos. Buscaré razones más allá de la contemporaneidad, de lo cercano históricamente.

A lo largo de los años el sentimiento emancipador, derivado del proceso de independencia frente a España, fue incubando la sensación de que la separación del reino europeo era un logro de tal magnitud que ya se podía dejar de trabajar, porque los llamados libertadores, héroes nacionales, lo habían hecho todo para lanzar el yugo imperial (explotador) al basurero de la historia y dejar la riqueza para los nativos. Se impuso la idea de que los ibéricos habían cargado con buena parte del oro descubierto en la región sur y ocupado las tierras del aún inexistente país.

En esas condiciones, expulsados los hispanos, los venezolanos de aquellos tiempos asumieron, creyeron, que la heroicidad dejaba abierto el espacio para que el Estado, o país en ciernes, fuese el dispensador de bienes, de favores y de premios para todos quienes eran los habitantes, de cualquier condición, partícipes o no de la confrontación armada y sin que mediara un esfuerzo creador, laborioso y edificante.

Los propios libertadores aparecen en documentos históricos reclamando prebendas, en tierras, por los servicios prestados en las llamadas milicias patriotas. No había pasado una década de la nueva e improvisada república, anti española, cuando los gobiernos comenzaron a ofrecer tierras y dinero a españoles, especialmente del archipiélago canario, para que vinieran a cultivar las tierras.

El general criollo con sangre hispana Simón Bolívar, antes, había sentenciado que españoles y canarios contaban con la muerte, aunque fueren inocentes.

Nunca se entendió que era necesario constituir un país o nación, para integrar y amalgamar voluntades, por lo que la dispersión humana, afectiva y geográfica se mantuvo por más de un siglo, hasta que bien entrada la centuria pasada comenzó la apertura de carreteras para enlazar pueblos y ciudades, como si el problema de la producción de bienes, y entre ellos los alimentos, se superaba acabando el ruralismo y asumiendo el urbanismo como el gran éxito de la sociedad.

Pudimos ser un gran país rural productor de alimentos, en tal magnitud que se podrían exportar a Europa y a la propia América. No hubo un proyecto libertador y menos liberador del atraso.

Fue así como se impuso el modelo urbano y el ruralismo pasó a ser lo lejano y preterido, permitiendo el auge de ciudades con sus cordones de miserables llegados de los sectores rurales o campesinos, en circunstancias tales que esos marginados, por su propia voluntad, vinieron a constituir un sector muy importante en lo electoral y un caudal posible de alcanzar por bodegueros de la política y mercaderes de la histrionía electoral. Ausentes los pensadores e ideólogos, por políticos tuvimos a militares, por ser los únicos herederos de las glorias libertarias, y cuando libertad y democracia mostraban alguna fortaleza, al salir de una dictadura del medio siglo pasado, la política fue un ejercicio que combinaba intelectualidad, formación ideológica, demagogia, buena y mala oratoria e improvisación administrativa.

De esta manera se forzó un clientelismo electoral, una clientela ignorante, una masa esperanzada en dádivas que resolvían el día a día, pero que no terminaban por educar, convencer, formar y capacitar para el esfuerzo y trabajo creador, sino que alentaban el conformismo y el desinterés organizativo.

Se acuñó el término *luchar* como expresión de que toda aspiración de progreso y bienestar implicaban un denodado esfuerzo de personas y comunidades ante el propio gobierno que habían elegido para satisfacer necesidades y hasta caprichos de pueblos y comunidades. Y cuando digo caprichos es porque numerosas obras muy reclamadas en su momento, hoy son monumentos a la indolencia, descuido y abandono.

Y esa falencia socio-cultural se produjo en medio de los mayores ingresos económicos jamás vistos en la historia de cualquier nación del mundo. El petróleo sirvió para afirmar la idea de que el Estado debe proveerlo todo, de que en presencia de un gran cúmulo de divisas resulta más cómodo y apropiado importar, y de que no se requerían grandes planes de desarrollo porque justamente el alto nivel de progreso se había logrado al alcanzar un Producto Interno Bruto aportado por la riqueza del oro negro en más de un noventa por ciento.

Uno de los estadistas de mayor relieve nacional, el economista Alberto Adriani, al comenzar la etapa experimental de la democracia en 1935 se atrevió a plantear los males de la riqueza extractiva petrolera y a proyectar, como fundador que fue, un ministerio de agricultura para sembrar el petróleo y acrecentar la riqueza del campo con bases sólidas y con garantía de permanencia.

Por eso expresó: *“la agricultura y la cría son hoy y serán mañana las bases principales de la prosperidad y grandeza del país”,* que *“el petróleo es una actividad precaria,*

*perecedera*” y que *“gran parte de las exportaciones petroleras se queda en el extranjero para satisfacer beneficios de capitales extranjeros”*. Eso fue hace ochenta años. **Advertencia a tiempo.**

Las ideas y el pensamiento adrianista tuvieron cabida en la administración pública por un reducido espacio de meses, mientras fue ministro del agro, pero sus advertencias sobre la previsión y el método para darle solidez a la vida económica no se proyectaron lo suficiente por su temprana muerte y por el advenimiento de una etapa en la que las mismas ideas socialistas del ahora se extendían con demagogia, insensatez, irracionalidad e irresponsabilidad.

La diversificación y transformación de nuestra agricultura no volvieron a ser tema de los gabinetes, sino que dieron paso a la difusión de criterios simplistas de reparto de pequeños espacios cultivables, la precariedad y la subsistencia, lo que más bien sirvió para reforzar la inclinación del hombre del campo de ir a las nuevas y atractivas ciudades alentadas por el boom petrolero.

La prosperidad petrolera, advertida como postiza y pasajera, no sirvió ni siquiera para el propio desarrollo en la materia específica, es decir en la transformación del crudo dentro del país, sino que prohió más importaciones y afincó más el estatismo, el poder del eje central del gobierno como operador de la renta y como dispensador de favores.

Los operadores de la política, partidos políticos, pasaron a ser los centros de aglutinamiento de quienes se acercaban para alentar las campañas electorales, incentivando el voto, pero también para disfrutar del botín o recompensa que significa un triunfo o conquista de una presidencia todopoderosa.

Hoy, en 2018, con pérdidas de la estatal petrolera de mil doscientos millones de dólares en lo que va del año, con inconsistencias de la seguridad alimentaria, no obstante que hay cuatro millones menos de comensales, debemos agradecer que en medio de los desajustes de planificación, la improvisación, la corrupción y el narcotráfico, las familias tradicionalmente ocupadas del campo no se amilanaron y, en muchos casos, por más de un siglo han sabido mantener sus explotaciones, sostener las inversiones y conservar niveles de producción que si bien no tienen la misma rentabilidad de los países vecinos, si permiten que se sigan ocupando de lo que saben hacer, producir alimentos en medio de constantes amenazas a la propiedad, de la inseguridad de las personas y los bienes y de reiterados denuestos a la actividad productiva privada.

La crisis que nos envuelve, no obstante los graves daños a la salud y el debilitamiento físico – humano de millones de ciudadanos, puede servirnos para replantear todo el tema productivo y alimentario en medio de un plan agrario que conlleve el desarrollo rural integral con una agricultura sustentable y multifuncional.

Debe ser una política de Estado, es decir no de un candidato o partido, a propósito de unas elecciones, sino un concepto que busque trascender los años, varios períodos presidenciales, y que permita el acceso a la enorme propiedad de la tierra en manos del Estado y a su calificación en cuanto a calidad y vocación productiva. Acceso que implica planes de vialidad, riego y servicios públicos.

La agricultura sustentable debe ser rentable, factible, eficiente, ecológica, saludable y suficiente para atender las necesidades nacionales, en base a una estrategia por rubros, suelos y regiones, dejando espacio para la promoción de la familia del campesino o productor

El concepto de multifuncional incluye la competitividad para rentabilizar la producción, forzar la organización empresarial, la integración y la complementación teniendo como ejes el crecimiento económico para el bienestar social y la protección medioambiental.

Valores fundamentales son la seguridad jurídica de la propiedad, la seguridad de las personas y sus bienes de producción, y la superación integral de la familia del productor o campesino. Todo soportado en que una sociedad libre y democrática no puede permitir atentados contra la propiedad y la vida, porque impiden el desarrollo económico y la paz social.

Esa seguridad se enmarca dentro de lo que conocemos y aceptamos como Estado de Derecho, elemento básico de la sociedad democrática y soporte de un sistema socioeconómico llamado a ser justo, libre y productivo, sin que se pueda someter a los caprichos e improvisaciones de gobernantes, o a esquemas extremistas superados por las realidades mundiales.

Seguridad jurídica permanente para la tenencia y propiedad agrarias es también elemento a considerar para la paz y sosiego individual, comunitaria y social. La inestabilidad emocional e intranquilidad del entorno familiar del propietario conlleva a la deserción y al alejamiento de la actividad productiva, al mismo tiempo que se abandonan inversiones, puestos de trabajo, generación de alimentos necesarios y se pierde un recurso humano que no es fácil de capacitar, aun cuando tenemos universidades que promueven administración de fincas, ingeniería de alimentos, ciencia veterinaria y agronomía. Un productor del campo se forma cabalmente con el ejercicio diario de su actividad y se podría estimar su consolidación como tal en un período no menor de ocho años.

Esa seguridad cobra especial relevancia ante el hecho cierto de que de un productor depende la salud y vida de muchas personas que compran sus productos, lo que significa que su desempeño empresarial privado tiene un carácter de solidaridad humana (empleo y alimentación) y dentro de un país libre y democrático pasa a ser de orden estratégico, pues una dependencia del exterior genera vulnerabilidades y riesgos a la salud del colectivo humano.

La protección de la producción nacional, que se debe entender como el respeto al libre desenvolvimiento del productor como actor económico, sin trabas ni atropellos, aparte de la seguridad alimentaria, que es también seguridad social, conlleva al bienestar generalizado en dos sentidos, por la buena ingesta alimentaria de la población y por generar riqueza en todos los sectores del campo, especialmente en los pequeños productores.

Esta franja de micro productores es de una gran relevancia, pues si sumamos y capacitamos más hombres y mujeres, podremos disminuir la pobreza familiar, y si a ello sumamos posibilidades de acceso al sector educativo de sus hijos y atención en salud corporal, vamos a tener mejores indicadores sociales.

Precisamente, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación, que por cierto tiene metas de largo alcance, que no se cumplen en Venezuela, ha recomendado para eliminar la pobreza rural una *“política de tierras sin dogmas, sobre la base de una agricultura familiar de tipo empresarial, que facilite la transferencia de bienes raíces, dentro de espacios rurales, que localicen sus limitantes y potencialidades, frente a las grandes empresas capitalistas o grandes cooperativas estatales, con asalariados”* (“La FAO y la Reforma Agraria en América Latina; hacía una nueva visión”, 20.05.1997).

La seguridad alimentaria que hoy tratamos ha venido a ser, en virtud de los acuerdos mundiales sobre políticas de los Estados, uno de los derechos fundamentales o derechos humanos, pues se conecta con el derecho a la vida.

Las políticas oficiales deben prohijar esta necesidad, a tiempo y en todos los tiempos, para que este derecho universal no pase a ser una carencia o debilidad de los países, y para ello es necesario el concurso del libre y activo sector privado, sin ataques, atropellos y amenazas, con respeto y seguridad jurídica, pero al mismo tiempo debe ser objeto de un pedagógico tratamiento por los medios de comunicación social y de una difusión como enseñanza dentro del sector educativo, para que no se aprecie al hombre del campo como una persona envuelta en el atraso por no vivir en la ciudad o no trabajar en ella, o como oligarcas por tener extensiones de tierras.

Finalmente, quiero referirme a un aspecto distinto, pero conexo con nuestras realidades suramericanas. La política inefectiva de los gobiernos, procurando mostrar al empresario del campo como un enemigo de los sectores pobres o populares, las legislaciones de control de precios y las confiscaciones de tierras, no han podido acabar con el hombre y la familia campesina, y más bien permiten que el político de oficio se nutra económicamente del productor.

Ahora los nuevos tiempos imponen que esa reciedumbre y fortaleza del productor se aporte directamente a la acción política con nuevos actores, para que el esfuerzo, la experiencia y la capacidad de riesgo provoquen nuevas generaciones de políticos más serios, con vergüenza, con honestidad, con capacidad de riesgo e innovación, y con ganas de generar una nueva sociedad, otra sociedad distinta.

Ese debe ser el nuevo empeño de los productores, de quienes arriesgan y saben perder, pero que con dedicación superan los problemas, para que América del Sur apueste a su desarrollo social con el sector productivo en plan de vanguardia y con disposición a formar generaciones de jóvenes dispuestos a insertar esta parte del nuevo continente en el primer mundo.

Quiero dejar dos ideas finales en esta intervención. La integración agroalimentaria de América del Sur es posible, conveniente y necesaria. La buena salud de las democracias se puede alcanzar con poblaciones bien nutridas. Esto precisa liderazgo, organización, acuerdos, convenios institucionales, decisiones valientes y a tiempo, y buena disposición de ánimo.

En el camino para alcanzar ese objetivo los ganaderos pueden asumir de nuevo la Confederación Interamericana de Ganaderos (CIAGA) de los años sesenta y setenta, con sus compromisos, convenios y acuerdos prácticos. Evoco este nombre por su buena intención del pasado, pero puede ser otra la denominación. Los productores de vegetales tienen un camino por recorrer en el mismo sentido. Es necesaria la

**intervención de gente calificada, con experiencia y honestidad, nuevas generaciones provenientes de los sectores productivos. Gente que ha sabido arriesgar y triunfar con recursos propios. No del Estado paternalista.**

**Esto nos lleva a pensar igualmente en un Centro de Estudios Políticos para el Desarrollo, con un enfoque modernista, progresista y ajustado a las nuevas realidades sociales, cargadas de dolorosos desajustes e inmersas en una avasalladora integración o globalización comunicacional. Esta acreditada Universidad Presbiteriana puede ser el eje de esta iniciativa de bien y de rescate de la buena política como oficio de gente calificada y de la mejor intención al servicio de la humanidad.**

**Muchas gracias.**